

316 mecanismo tan admirable que pudieran moverse y actuar según los dictados de nuestra voluntad: es evidente que la posesión de estas estatuas proporcionaría placer y orgullo, pero éste no sería del mismo género que cuando la autoridad se ejerce sobre criaturas racionales y dotadas de sensación, dado que nuestra condición, al ser comparada con la suya, nos resulta más agradable y honrosa. La comparación es siempre un modo seguro de aumentar nuestro aprecio por algo. El rico siente con más intensidad la felicidad de su condición cuando la compara con la del mendigo. Pero existe aun una ventaja peculiar en el poder, gracias al contraste que se nos presenta en cierto modo cuando nos comparamos con la persona que está bajo nuestras órdenes. La comparación es obvia y natural; la imaginación la encuentra en el sujeto mismo, y el paso del pensamiento a su concepción se realiza de forma suave y fácil. Cuando más adelante examinemos la naturaleza de la *malicia* y la *envidia* se verá claramente que esta circunstancia tiene un efecto considerable, al aumentar su influencia.

### Sección XI

#### DEL ANSIA DE FAMA

Pero, además de estas causas originales de orgullo, y humildad, existe una causa secundaria, consistente en la opinión de los demás, y que tiene una influencia igual sobre las afecciones. Nuestra reputación, carácter y buen nombre son consideraciones de peso, y de gran importancia. E incluso las otras causas de orgullo: virtud, belleza y riquezas, tienen poca influencia si no están secundadas por las opiniones y sentimientos de los demás. A fin de dar razón de este fenómeno, será necesario que demos algún rodeo y

expliquemos primero la naturaleza de la *simpatía*<sup>42</sup>.

Ni en sí misma ni en sus consecuencias existe cualidad de la naturaleza humana más notable que la inclinación que tenemos a simpatizar con los demás, y a recibir al comunicarnos con ellos sus inclinaciones y sentimientos, por diferentes y aun contrarios que sean a los nuestros. Esto se aprecia claramente en los niños, que admiten implícitamente cualquier opinión que se les proponga. Pero no son sólo los niños: hombres de gran juicio y entendimiento encuentran muy difícil seguir su propia razón e inclinaciones cuando éstas se oponen a las de sus amigos y compañeros habituales. A esto se debe la gran uniformidad que puede observarse en el carácter y forma de pensar de las personas de una misma nación; y es mucho más probable que esta semejanza 317 haya sido ocasionada por la simpatía que por la influencia del suelo y el clima, que, aunque continúen siendo siempre iguales, son incapaces de conservar idéntico el carácter de una nación durante todo un siglo. El hombre de buen natural se encuentra al instante del mismo humor que sus compañeros, y aun el más arisco y orgulloso muestra un cierto barniz, que se debe a sus compatriotas y conocidos. Un semblante jovial produce complacencia y serenidad en mi mente, mientras que otro enfadado y triste me infunde un repentino desaliento. Experimento las pasiones del odio, resentimiento, aprecio, amor, valor, júbilo y melancolía más por la comunicación con los demás

<sup>42</sup> Este principio, fundamental en Hume, y definido como «conversión de una idea en impresión por medio de la fuerza de imaginación (*infra*, pág. 576), debe tomarse en su sentido etimológico: comunicación de un estado de ánimo (*páthos*). Como se verá más adelante, la simpatía surge de los principios asociativos de semejanza y contigüidad, y, sobre todo, del parentesco y el trato, que son una especie de *causalidad* (cf. II, II, 4 *passim*; cf. también pág. 56). Las bases de este principio se encuentran en la «máxima general» de la comunicación de fuerza y vivacidad de una impresión presente a una idea relacionada (I, III, 8: pág. 165). Lo único realmente nuevo es que, en este caso, la impresión presente es la del yo.

que por mi propio carácter y temperamento. Un fenómeno tan notable como éste bien merece nuestra atención, y debe ser investigado hasta llegar a sus primeros principios.

Cuando se infunde por simpatía una cierta afección, al principio es reconocida solamente por sus efectos y signos externos, presentes en el gesto y la conversación, y que dan una idea de esa pasión. Esta idea se convierte entonces en una impresión, adquiriendo de este modo tal grado de fuerza y vivacidad que llega a convertirse en pasión, produciendo así una emoción idéntica a la de una afección original. Ahora bien, por instantáneo que pueda ser este cambio de la idea en impresión, está originado por ciertas concepciones y reflexiones que no escapan al análisis riguroso del filósofo, aun cuando pueda haber sido esa misma persona quien haya hecho antes tales reflexiones.

Es evidente que la idea, o, más bien, la impresión que tenemos de nosotros mismos, nos está siempre presente, y que nuestra conciencia nos proporciona una concepción tan viva de nuestra propia persona que es imposible imaginar que haya nada más evidente a este respecto. Por tanto, cualquier objeto relacionado con nosotros deberá ser concebido con una parecida vivacidad de concepción, de acuerdo con los principios anteriores; y, aunque esta relación no pueda ser tan fuerte como la de causalidad, deberá tener, con todo, una considerable influencia. La semejanza y la contigüidad son relaciones que no deben ser pasadas por alto, especialmente cuando es por una inferencia de causa y efecto y por la observación  
318 de signos externos como somos informados de la existencia real del objeto semejante o contiguo.

Ahora bien, es evidente que la naturaleza ha preservado una gran semejanza entre todas las distintas criaturas humanas, y que nos es imposible advertir en los demás una pasión o principio cuyo paralelo no encontremos en nosotros mismos. Lo mismo ocurre en la fábrica de la mente que en la del cuerpo. Aun-

que las partes difieran en figura o tamaño, su estructura y composición son en general idénticas para todos los hombres. Existe una muy notable semejanza, que se mantiene en medio de toda su variedad; y es esta semejanza la que debe contribuir en tan gran medida a hacernos partícipes de los sentimientos de los demás, y a aceptarlos con gusto y facilidad. De acuerdo con esto, vemos que allí donde existe, además de la semejanza general de nuestra naturaleza, una peculiar similitud en nuestra forma de ser, carácter, país o lenguaje, todo ello facilitará la simpatía. Cuanto más intensa sea la relación entre un objeto y nosotros, tanto más fácilmente efectuará la imaginación esta transición, llevando a la idea relacionada la vivacidad de concepción con que nos formamos siempre la idea de nuestra propia persona.

Pero no es la semejanza la única relación que tiene este efecto, sino que recibe fuerza adicional de otras relaciones que puedan acompañarla. Los sentimientos de los demás tienen poca influencia cuando esas personas no tienen relación con nosotros; es necesaria la contigüidad para poder comunicar los sentimientos en toda su integridad. Las relaciones de consanguinidad, siendo una especie de causalidad, pueden contribuir a veces al mismo efecto, como también las del trato y amistad asidua, que actúan del mismo modo que la educación y la costumbre, como veremos mejor posteriormente\*. Cuando todas estas relaciones se aúnan, llevan la impresión de nuestra propia persona —o autoconciencia— a la idea de los sentimientos o pasiones de los demás hombres, y nos las hacen concebir del modo más vivo e intenso.

Ya se hizo notar al comienzo de este tratado que todas las ideas se derivan de impresiones, y que  
319 ambas clases de percepción difieren sólo en los grados de fuerza y vivacidad con que afectan al alma<sup>43</sup>. Los

\* Parte II, sec. 4.

<sup>43</sup> Es el famoso «principio de la copia» (pág. 47, y otros pasajes). Esta diferencia, sólo de grado, no concuerda sin embargo con la radical distinción entre «ideas» (impenetra-

elementos componentes de ideas e impresiones son estrictamente semejantes. El modo y orden de su aparición pueden ser idénticos. Por consiguiente, solamente se distinguen por sus distintos grados de fuerza y vivacidad. Y como esta diferencia puede hasta cierto punto suprimirse mediante una relación entre impresiones e ideas, no es extraño que la idea de un sentimiento o pasión pueda de esta forma ser avivada hasta convertirse en ese mismo sentimiento o pasión. La idea vivaz de un objeto se parece siempre a su impresión; nos es posible sentir malestar y dolor por la mera fuerza de la imaginación, y hasta hacer que una enfermedad tenga realmente lugar a fuerza de pensar con frecuencia en ella. Pero esto es más notable en las opiniones y afecciones, y es sobre todo en estos casos donde una idea vivaz se transforma en impresión. Nuestras afecciones dependen de nosotros mismos y de las operaciones internas de nuestra mente más que cualquier otra impresión, y por esta razón surgen más naturalmente de la imaginación y de toda idea vivaz que nos hagamos de esas afecciones. Esta es la naturaleza y la causa de la simpatía; y de esta forma es como participamos tan profundamente de las opiniones y pasiones de los demás cuando las descubrimos.

Lo más notable de todo este asunto es la decisiva confirmación que estos fenómenos proporcionan al sistema precedente relativo al entendimiento y, por consiguiente, al sistema presente relativo a las pasiones, dado que ambos son análogos<sup>44</sup>. De hecho es

bles, sólo conectables por yuxtaposición) e «impresiones y pasiones» (susceptibles de unión y mezcla completas) (II, II, 6; *infra*, pág. 500).

<sup>44</sup> Hume sostiene aquí de nuevo lo señalado en la *Advertencia* preliminar: los libros I y II constituyen una sola cadena de razonamientos (pág. 31). La analogía entre ambos sistemas parece deberse al empleo del mecanismo asociativo. Así lo entiende PASSMORE (*op. cit.*, pág. 106). Sin embargo, parece más correcta la posición de GLATHE (*op. cit.*, § 3 *passim*): son los libros II y III los que están unidos por la constante afirmación de principios descriptivos de los pro-

evidente que, cuando simpatizamos con las pasiones y sentimientos de los demás, estos movimientos se manifiestan al comienzo en *nuestra* mente como meras ideas, y son concebidos como algo ajeno, igual que cuando concebimos cualquier otro hecho. Es también evidente que las ideas de las afecciones ajenas se transforman en las impresiones mismas que representan, y que las pasiones surgen en conformidad con las imágenes que de ellas nos formamos. Todo esto es objeto de la más sencilla experiencia, y no depende de hipótesis filosófica alguna. La filosofía puede ser 320 admitida únicamente para explicar estos fenómenos, aunque hay que admitir que son de suyo tan evidentes que apenas si hay ocasión de emplearla. En efecto, además de la relación de causalidad, que es la que nos lleva a convencernos de la realidad de la pasión con que simpatizamos, además de esto, digo, tenemos que ser auxiliados por las relaciones de semejanza y contigüidad para poder sentir la simpatía en toda su amplitud. Y como estas relaciones pueden transformar íntegramente una idea en impresión y llevar la vivacidad característica de la última a la primera de un modo tan perfecto que no se pierda nada de vivacidad en la transición, no es fácil concebir hasta qué punto podría bastar la relación de causa y efecto para infundir vigor y vivacidad a una idea. En el caso de la simpatía se produce una evidente transformación de una idea en impresión. Esta transformación surge de la relación de los objetos con nosotros mismos. Nuestro yo nos está siempre presente de un modo íntimo. Comparemos ahora todas estas circunstancias, y encontraremos que la simpatía corresponde punto por punto a las operaciones de nuestro enten-

cesos de la emoción y la ideación, y, sobre todo, por presentar los fenómenos morales como causalmente determinados por dichos procesos. El libro I, en cambio, sería lógicamente previo a cualquier investigación específica, constituyendo algo así como una «metodología de las ciencias sociales» (en frase afortunada, por lo demás, del propio PASSMORE: *op. cit.*, página 6).

dimiento, y que contiene incluso algo más sorprendente y extraordinario.

Este es el momento apropiado para llevar nuestra atención desde la consideración general de la simpatía, a su influencia sobre el orgullo y la humildad, en los casos en que estas pasiones surgen de la alabanza o la censura, de la buena reputación o del descrédito. Podemos observar que no existe nadie que, al ser alabado por otra persona a causa de alguna cualidad, no se sienta orgulloso en razón de esa misma cualidad, si ésta es real. Los elogios se dirigen a su poder, riquezas, familia o virtud. Y todas estas cosas son motivo de orgullo, como ya hemos señalado y explicado. Es cierto, pues, que si una persona se contemplase a sí misma desde igual perspectiva en que aparece ante su admirador, obtendría en primer lugar un placer singular, y luego un orgullo o satisfacción propia, según la hipótesis antes explicada. Ahora bien, nada nos es más natural que el admitir las opiniones de los demás en este particular, tanto por *simpatía*, que hace que nos estén íntimamente presentes todos los sentimientos de esas personas, como por *razonamiento*, que nos lleva a considerar su juicio como una especie de argumento en favor de sus afirmaciones. Estos dos principios de autoridad y simpatía influyen en casi todas nuestras opiniones, pero tienen particular importancia cuando juzgamos acerca de nuestra propia valía y carácter. Tales juicios están siempre acompañados de pasión \*; y nada tiende más a perturbar nuestro entendimiento, precipitándonos en toda suerte de opiniones por irrazonables que sean, que la conexión de estos juicios con una pasión, pues ésta se difunde por, toda la imaginación y confiere una fuerza adicional a toda idea relacionada. A esto podemos añadir que, como percibimos esta gran parcialidad a nuestro propio favor, nos agrada especialmente todo cuanto confirme la buena opinión que tenemos de nosotros mismos,

\* Libro I, parte III, sec. 10.

mientras que nos disgustamos fácilmente con lo que se oponga a ella.

Todo esto parece muy probable en teoría, pero para conferir plena certeza a este razonamiento tendremos que examinar los fenómenos de las pasiones y ver si están de acuerdo con él.

Entre estos fenómenos podemos distinguir uno muy favorable a nuestros propósitos. Es el siguiente: aun cuando la buena fama sea en general algo agradable, recibimos con todo una satisfacción mucho mayor cuando somos apreciados por aquéllos a quienes estimamos y apreciamos, que cuando lo somos por aquéllos a quienes odiamos y despreciamos. De igual modo, nos hiere especialmente el desprecio de aquellas personas a cuyo juicio concedemos algún valor, y en cambio nos resultan casi enteramente indiferentes las opiniones del resto de los hombres. Pero si fuera por un instinto originario como la mente recibe un ansia de fama o una aversión al descrédito, lo mismo la fama que el descrédito influirían sobre nosotros sin distinción; y, según ello, cualquier opinión, favorable o desfavorable, suscitaría con la misma intensidad ansia o aversión. Considerado en cuanto tal, el juicio de un tonto vale lo mismo que el de un sabio; en lo único que resulta inferior es en su influencia sobre nuestro propio juicio.

Pero no sólo nos agrada más la aprobación de un sabio que la de un tonto, sino que obtenemos más satisfacción de la primera cuando se ha conseguido luego de un largo e íntimo trato. Y esto se explica del mismo modo que lo anterior. 322

Las alabanzas de los demás no nos causan en ningún caso demasiado placer a menos que coincidan con nuestra opinión y seamos elogiados por cualidades en que sobresalimos especialmente. Un simple soldado estima bien poco la fama de elocuencia; un académico, la de valor; un obispo, la de buen humor, o un mercader la del estudio. Cuando un hombre es consciente de no poseer una determinada cualidad, bien poco placer le proporcionarán las opiniones que

a este respecto pueda tener el mundo entero, pues nunca estarán de acuerdo con su propia opinión, y ello con independencia del aprecio que en abstracto pueda sentir por esa cualidad.

Nada es más usual que el que hombres de buena familia pero que atraviesan momentos difíciles, abandonen su patria y amigos, y prefieran buscar su vida en el extranjero realizando oficios humildes antes que permanecer entre quienes conocen su nacimiento y educación. Que no nos conozcan —se dicen— allí donde vayamos. Así no habrá nadie que pueda imaginarse de qué familia procedemos. Nos apartaremos de todos nuestros amigos y conocidos, y de este modo será más llevadera nuestra pobreza y miseria. Al examinar estas opiniones, encuentro que proporcionan argumentos muy convincentes para mi propósito <sup>45</sup>.

En primer lugar, de ellos podemos inferir que el disgusto por no sentirse apreciado depende de la simpatía, y que la simpatía depende de la relación de los objetos con nosotros, pues sentimos más el desprecio de las personas que también están relacionadas con nosotros por sangre y por contigüidad espacial. De aquí que intentemos disminuir esta simpatía y este dolor separándonos de estas relaciones y situándonos en contigüidad con extraños, a distancia de quienes nos conocen.

En segundo lugar, podemos deducir que las relaciones le son necesarias a la simpatía, pero no consideradas absolutamente en cuanto relaciones, sino por su influencia para convertir nuestras ideas de los sentimientos ajenos en estos mismos sentimientos, por medio de la asociación entre la idea de las personas que los tienen y nuestro propio yo. Pues aunque, en este caso, subsistan las relaciones de parentesco y de contigüidad, como no están unidas en las mismas personas, contribuyen en menor grado a la simpatía.

<sup>45</sup> Estos pasajes reflejan claramente recuerdos personales. Véase *Autobiografía* (pág. 8, y la correspondiente nota 13).

Tercero: Este punto referente a la disminución de la simpatía por medio de la separación de las relaciones, merece nuestra atención. Supongamos que me encuentro en humilde condición entre extranjeros y que, en consecuencia, no soy tratado sino con desprecio; con todo, me encuentro mejor en esta situación que cuando estaba continuamente expuesto al desprecio de mis familiares y compatriotas. En este momento, siento que soy doblemente despreciado; en primer lugar, por la gente que me conoce; en segundo lugar, por quienes ahora me rodean. Sin embargo, los primeros no están ahora conmigo, y los segundos son extranjeros. Es verdad que este doble desprecio resulta análogamente intensificado por las relaciones de parentesco y contigüidad, pero como las personas que están conectadas conmigo por esas dos relaciones no son las mismas en cada caso, esta diferencia de ideas mantiene separadas las impresiones que surgen del desprecio, impidiéndolas coincidir. El desprecio de mis vecinos tiene cierta influencia, y también el de mis familiares. Pero estas influencias son distintas y en ningún momento se aúnan, como ocurría cuando el desprecio se debía a personas a la vez vecinos y familiares. Este fenómeno es análogo al sistema antes explicado, acerca del orgullo y la humildad, y que tan extraordinario podía parecerle a la opinión vulgar.

Cuarto: La persona que se encuentre en tal situación oculta naturalmente su nacimiento a aquéllos con quienes vive, y le hiere profundamente que alguien sospeche que es de familia superior a su actual fortuna y modo de vida. Todo lo que existe en este mundo es juzgado en comparación con otra cosa. Lo que constituye una fortuna inmensa para un caballero particular es una miseria para un príncipe; un campesino podría considerarse feliz con lo que no cubre las necesidades de un caballero. Cuando un hombre está acostumbrado a un tren más lujoso de vida, o se cree con derecho a ello por su nacimiento y calidad, todo lo que sea inferior le resultará des-

324 agradable y aun vergonzoso, y sólo con la mayor habilidad podrá ocultar sus pretensiones de mejor fortuna. Esta persona conoce muy bien su infortunio, pero como aquéllos con quienes vive lo ignoran, esa reflexión y también esa desagradable comparación le es sugerida únicamente por sus propios pensamientos, y nunca la experimenta mediante una simpatía con los demás. Y esto debe contribuir en gran medida a su tranquilidad y satisfacción.

Si se hacen algunas objeciones a esta hipótesis de *que el placer que obtengamos cuando nos alaban surge de una comunicación de sentimientos*, veremos tras examinarlas que, consideradas desde una adecuada perspectiva, sirven más bien para confirmar esa hipótesis. La popularidad puede resultar agradable hasta al hombre que desprecia a la gente vulgar, y esto es así porque el gran número de éstos últimos les confiere más peso y autoridad. A los plagiarios les agrada que les alaben, a pesar de saber muy bien que no merecen esos elogios. Pero estas cosas son algo así como construir castillos en el aire; la imaginación se divierte con sus propias figuraciones, y se esfuerza por hacerlas firmes y estables mediante una simpatía con los sentimientos de los demás. Los hombres orgullosos son los más despreciados, aunque las más de las veces no se den cuenta de ello, y esto se debe a que en este caso se oponen la pasión que les es natural y la que reciben por simpatía. También un amante apasionado se molesta en extremo si censuráis y condenáis su amor, aunque es evidente que vuestra oposición no puede tener influencia sino por el modo en que tratáis su acción y por la simpatía que ese hombre siente por vosotros. Si él os desprecia, o nota que se trata de una broma, nada de lo que le digáis tendrá el menor efecto sobre él.

## Sección XII

### DEL ORGULLO Y LA HUMILDAD EN LOS ANIMALES

Así, y sea cual sea el aspecto bajo el que consideremos este asunto, podemos seguir observando que las causas de orgullo y humildad corresponden exactamente a nuestra hipótesis, y que no hay nada que pueda excitar una de estas pasiones a menos que esté relacionada con nosotros y produzca a la vez un placer o dolor independiente de la acción. No sólo hemos probado que la tendencia a ocasionar placer 325 o dolor es común a todas las causas de orgullo o humildad, sino también que esto es lo único que tienen en común, y que en consecuencia es la cualidad por la que actúan. También hemos probado que las más importantes causas de estas pasiones no son en realidad sino el poder de producir sensaciones agradables o molestas, y que, por consiguiente, todos sus efectos —y entre ellos, el orgullo y la humildad— se derivan únicamente de ese origen. Unos principios tan sencillos y naturales, y fundados en pruebas tan sólidas, no pueden por menos de ser aceptados por los filósofos, a menos que se les pueda poner alguna objeción que me haya pasado desapercibida.

Los anatomistas suelen añadir a sus observaciones y experimentos sobre cuerpos humanos otras pruebas realizadas con animales, deduciendo de la concordancia de estos experimentos un argumento adicional en favor de alguna hipótesis particular. De hecho, es cierto que, cuando la estructura de las partes de los animales es igual que la del hombre, y la operación de estas partes es también la misma, las causas de esa operación no podrán ser diferentes<sup>46</sup>, de modo que todo lo que descubramos que es verdad en los

<sup>46</sup> Nueva aplicación de la Regla 5 (cf. pág. 259). Sobre la extensión de las teorías humeanas al reino animal, cf. notas 112 y 113 del libro I.